

Guiones para estudiantes Wesley

COMENTARIO SOBRE CRISTO Su sacerdocio

<https://www.guiones-para-estudiantes-wesley.com/>

Vine Comentario temático Cristo: Autor: William Edwy Vine

“JESUCRISTO
Sumo y Eterno sacerdote”

Shemá Israel
en adoración con María

"Este es mi cuerpo, esta es mi Sangre...
HAGAN ESTO EN MEMORIA MÍA"

El Encuentro con Melquisedec



EL ENCUENTRO CON MELQUISEDEC

Abraham dio los diezmos a Melquisedec

EL SUMO SACERDOCIO DE CRISTO

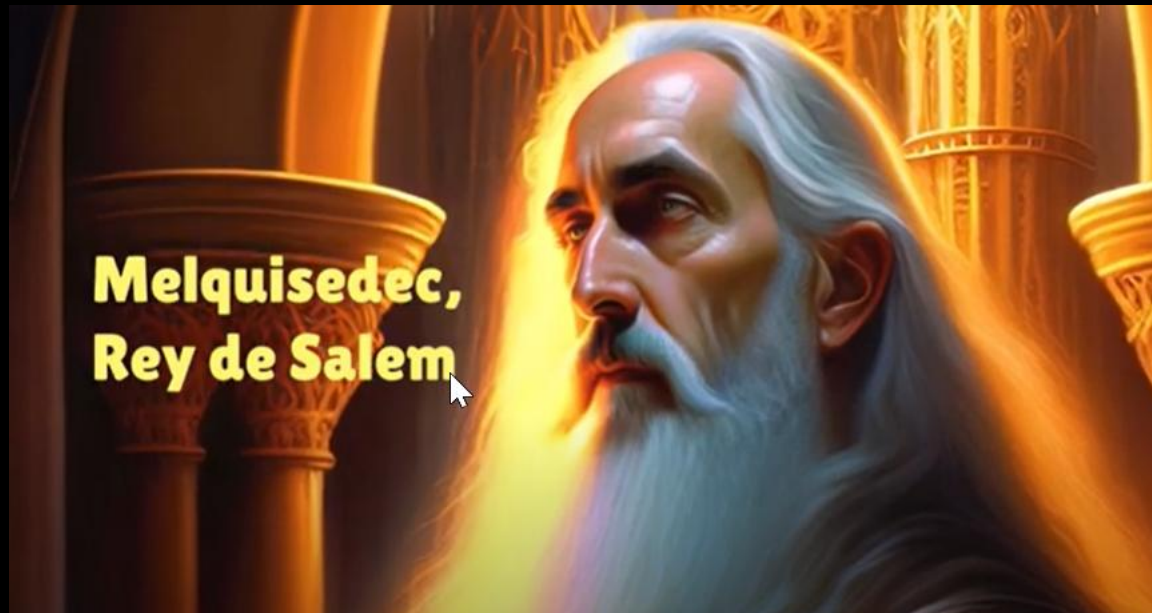
La enseñanza del Antiguo Testamento al respecto, de las glorias del orden de Melquisedec en el sacerdocio de Cristo, son superiores a las del orden de Aarón

En el libro de Hebreos se llama a Jesús *«sacerdote según el orden de Melquisedec»*. Él es sacerdote y rey, y se muestra que su sacerdocio es superior al de Aarón. Cristo es nuestro mediador e intercede por nosotros. *Debido a que es nuestro sumo sacerdote, el trono de gloria ha llegado a ser el trono de gracia*. Esto debe eliminar buena parte del misterio de algunos de los pasajes más difíciles de Hebreos, a la vez que demuestra claramente los atributos de Jesús.

MELQUISEDEC Y JESÚS



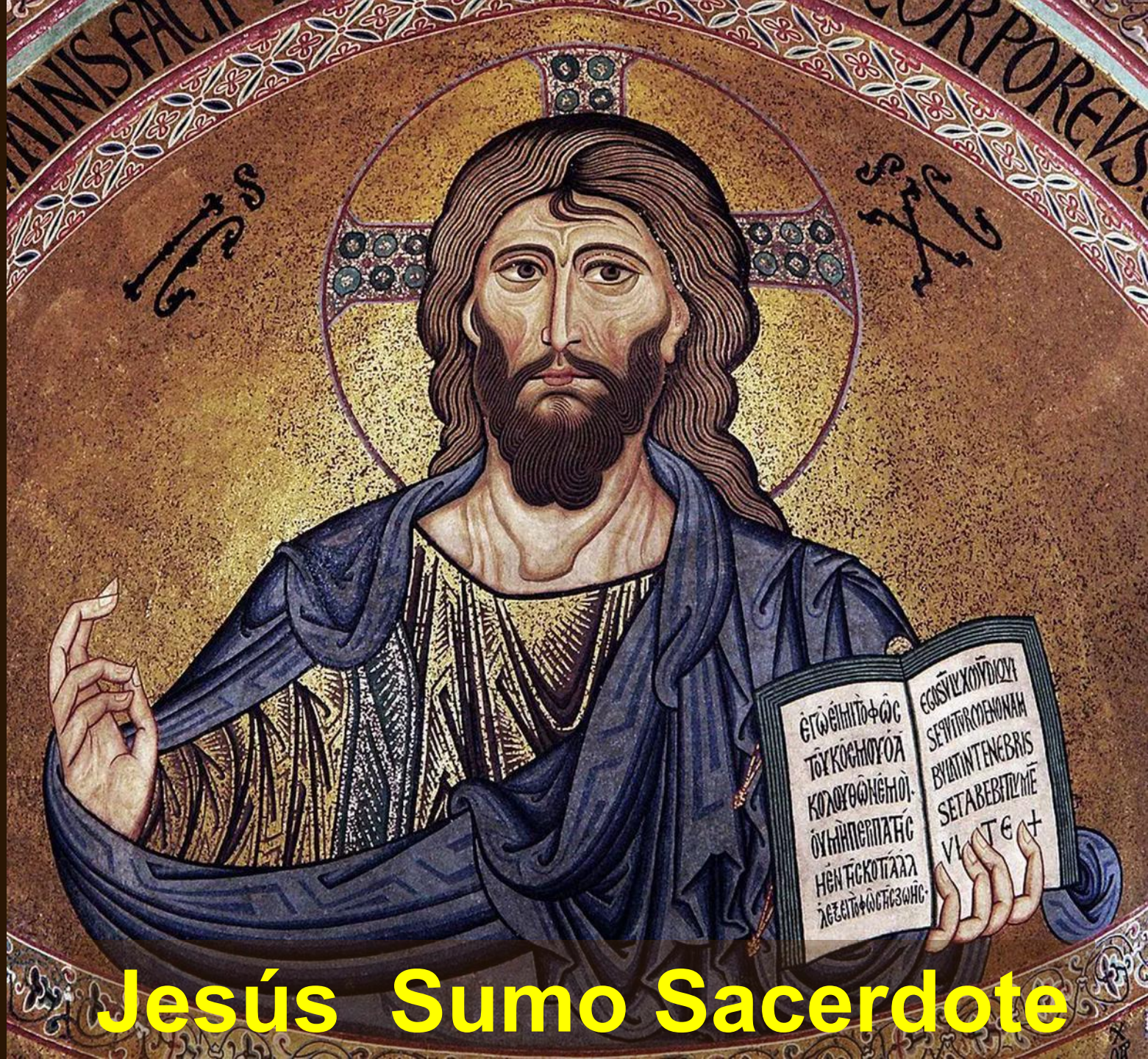
Su nombre como **«rey de justicia»**, y su procedencia, como **Salem (o paz)**, muestran cómo el sacerdocio del Señor Jesús se caracterizó por la paz concedida sobre la base de la justicia divina. El linaje de Melquisedec, la extensión de su ministerio, y su muerte, son detalles que se dejan fuera. Y, de este modo, al recortar la narración, él es **«hecho semejante»** a Aquel que, como **«Hijo de Dios»**, no tiene ni principio de días ni fin de vida. Luego se ve la superioridad del sacerdocio de Cristo en relación con el ministerio de Melquisedec.



Cristo vino de la tribu real de Judá, que no tenía conexión con el sacerdocio levítico; y un cambio en el orden del sacerdocio necesita un cambio respecto a la ley. Cristo, aunque nacido bajo la ley, no fue hecho sacerdote bajo ella, pero sí lo fue Aarón. El cambio está en que los sacerdotes levíticos eran constituidos «conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia», *pero Cristo «según el poder de una vida indestructible» (lit., una vida indisoluble, que ni cambia ni desaparece). Así que «queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios» (vv. 18, 19).* Es decir, el cambio tanto en la ley como en el sacerdocio no es solo constitucional, sino también administrativo, no solo de carácter sino también en cuanto a su efecto. La ley nunca podría haber hecho a los hombres perfectos para Dios, ni podría haberlos acercado a él. Por medio de Cristo se logran ambas cosas (vv. 11-19).

La designación para el sacerdocio aarónico no iba acompañada de ningún juramento. Su carácter transitorio hacía que no fuera adecuado. La inviolabilidad es una característica esencial del sacerdocio de Cristo. El juramento divino, pronunciado bajo la ley (*véase Sal 110.4*) constituyó «al Hijo, hecho perfecto para siempre» (*vv. 20-28*). El juramento de Dios confirma el carácter inviolable de aquello por lo cual se da. El sacerdocio levítico era puramente oficial, el de Cristo tiene una grandeza que es personal. Ahí está su atractivo.

Por esto Cristo ha llegado a ser «fiador de un mejor pacto» (vv. 20-22). La medida de la superioridad del nuevo pacto es la medida de la superioridad del sacerdocio de Cristo. La necesidad humana no queda suplida bajo el antiguo; es suplida por completo bajo el nuevo. El juramento de Dios y Cristo mismo son la garantía del mismo.



Jesús Sumo Sacerdote

Los sacerdotes anteriores eran muchos; la muerte impedía su continuidad; el sacerdocio de Cristo no pasa de uno a otro (*Hebreos 7:24*). *Por todo esto, él «puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos».*



Puede ser que en las narraciones de los Evangelios se den insinuaciones respecto al sacerdocio de nuestro Señor. Hay algo sugerente en el hecho de que él «era como de treinta años» cuando fue bautizado (Lucas 3.23). Esta era la edad en que los sacerdotes, después de su consagración, se manifestaban a la nación (Éxodo 29.35; Lv 8.33). Aunque entonces su bautismo fue una predicción simbólica de su muerte y resurrección, y un cumplimiento de las obligaciones divinas bajo la ley, fue al mismo tiempo una introducción ceremonial a su ministerio público, que en algunos aspectos era un anticipo de su función sacerdotal presente. El Bautista dio posiblemente una insinuación de esto al decir que, aunque no conocía a Jesús personalmente, él había venido bautizando con agua a fin de que Jesús «fuese manifestado a Israel» *(Juan 1.31).*

Hay otros actos sacerdotales del Señor en los días de su carne, como su oración la noche de la traición (*Juan 17*). Su gran acto de ofrecerse en la cruz fue un acto sacerdotal. Esto se dice con claridad en la Epístola a los Hebreos: *«Porque tal sumo sacerdote nos convenía ... que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo»*.





**JESUCRISTO: UN GOBERNANTE CON JUSTICIA,
CON AMOR Y CON VARA DE HIERRO**

El Señor Jesús entró oficialmente en su sumo sacerdocio cuando se sentó «a la diestra de Dios» (Heb 10.12).

«Tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote». Él no se metió a la fuerza en esa posición. El Padre lo nombró (5.5,10).

Su personalidad y su eficacia se basan en los siguientes hechos: En la excelencia de su persona y su demostrada impecabilidad; él es *«santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores» (7.26).*

En el hecho de su humanidad: *«Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote» (2.17).*

En sus sufrimientos como hombre, en los días de su carne, *«ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque siendo Hijo»*, tal como se mencionó en 5.5, por lo que padeció aprendió la obediencia [lit., en la experiencia de hacer la voluntad del Padre]; y habiendo sido perfeccionado [no moralmente — eso lo fue siempre— sino oficialmente, por razón de sus experiencias, *vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec»* (5.7-10). De este modo tenía conocimiento de toda necesidad y prueba humana, de toda persona y todo caso.

en el valor de su sacrificio expiatorio, *«por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo»* (9.12).

El sacrificio perfecto de Cristo, fue agradable al Padre, presentándose no en el templo de los hombres, sino en la misma presencia de Él. *Como apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos»* (7.26).

Y viene con todos sus redimidos a los cuales nombra como sus hermanos y no se avergüenza de llamarlos así.

Su regreso a la divinidad como sumo sacerdote le permitió conocer todas las exigencias de la justicia divina, y poder dar bienestar a aquellos por quienes de su sangre fue derramada.

SU INTERCESIÓN

Así pues, en todo el poder y virtud de su propia persona y obra, él vive para siempre para hacer intercesión por su pueblo. Él entra en todas las preocupaciones de ellos, sus necesidades, aflicciones y deseos. *Eleva las oraciones y alabanzas de ellos, libres de toda imperfección que pudieran caracterizarlas, así que ascienden, como incienso santo en el incensario de oro, con toda la fragancia de su propia aceptación ante el Padre. Él ruega por la consolación y bienestar de ellos.* Así como antiguamente el humo del holocausto se mezclaba con la fragancia del incienso, así su intercesión asciende en el sabor de su sacrificio en la cruz.

Es más, cada petición que él hace tiene la fuerza de una exigencia; constituye una petición veraz de derecho. Él, y solo él, puede decir en su oración: «*Padre ...quiero que ...*» (*Juan 17.24*).

Su intercesión nunca falla en su objetivo. En la tierra pudo decir: «*Yo sabía que siempre me oyes*» (*Juan 11.42*).

Lo que él hizo por sus discípulos aquí abajo lo hace todavía con constancia incansable. Su lugar ha cambiado, pero no su afecto.

Con un sumo sacerdote así actuando a nuestro favor no hay lugar para la incredulidad. Debemos acercarnos al trono.